

Domingo XVII – Nuestra Gran Oportunidad

Este es el último domingo que dedicamos a las Parábolas del Reino. Hoy, el Evangelio nos presenta dos pequeñas parábolas: el tesoro escondido y perla preciosa. Son muy similares entre sí, pero no como simple repetición, sino como dos perspectivas sobre la misma idea.



Govert Flinck, *Parábola del tesoro escondido*, (1635, Budapest)

La existencia de un tesoro escondido no era una situación impensable en una época sin bancos ni seguridad, donde esconder las propias posesiones podía ser la única manera de preservarlas en tiempos de incertidumbre. Pero ciertamente el protagonista no podía prever semejante hallazgo. Para él la sorpresa fue absoluta. En cambio, el comerciante de perlas había buscado largamente esa perla de gran valor y, por lo tanto, su hallazgo fue la respuesta al propio deseo. Podemos decir que la primera parábola subraya cómo el Reino de los Cielos excede cualquier imaginación, mientras que la segunda lo presenta como la respuesta a nuestros anhelos más profundos. Pero en ambos casos, ese acontecimiento se presenta como una oportunidad única, que suscita alegría, entusiasmo y un sentido de urgencia: no se puede dejar pasar este golpe de fortuna, hay que aprovecharlo cueste lo que cueste.

Pero para entender el significado concreto de estos pequeños relatos es importante contemplarlos encarnados en una historia concreta. Y esa ilustración nos la brinda la primera lectura (1 Reyes), con la historia de Salomón, el hijo del Rey David. Aquél hereda el trono tras la muerte de su padre,

cuando aun era muy joven e inexperto, y sin duda sentía el peso abrumador de semejante responsabilidad. Pero Dios viene en su auxilio en sueños y le dice: “Pídeme lo que quieras”. Notemos que se trata de un solo deseo, y no los acostumbrados “tres deseos” (como en la historia de la lámpara mágica o cuando se soplan las velas del cumpleaños): Dios no le ofrece la posibilidad de seleccionar un “menú” de bienes dónde Él mismo podría ser simplemente uno de los ingredientes, sino que le concede la oportunidad de elegir el Bien Supremo, aquél que debía dar unidad y dirección a toda su vida.

Salomón pudo haber elegido la riqueza o el poder, pero eligió la sabiduría, entendida como la capacidad de discernir la voluntad de Dios para guiar correctamente a su Pueblo. En otras palabras, Salomón eligió a Dios como su Bien Supremo. Y así, no solo adquirió la capacidad para gobernar con rectitud, sino que gozó de un reinado próspero, estable y seguro como nunca jamás volvió a darse en Israel.

A partir de este relato podemos ensayar un ejercicio de imaginación. Si Dios nos diera la oportunidad de concedernos un pedido, no los “tres deseos” sino nuestro Bien Supremo. ¿Cuál elegiríamos? Estando tan presionados por las necesidades de la vida y nuestros propios deseos, ¿resistiríamos la tentación de pedir aquello que nos promete una utilidad más visible e inmediata? ¿Seríamos capaces de elegir la sabiduría, es decir, a Dios, como hizo Salomón?

Pero si lo pensamos bien, esto no es solo un ejercicio de imaginación. En la vida, inevitablemente tenemos que elegir nuestro Bien Supremo (uno sólo), a partir del cual nuestra vida tomará su forma. Si elijo la riqueza, el poder o el éxito, nuestra vida tomará la forma correspondiente. Si pretendo no elegir nada como Bien Supremo, y quedarme con un poco de todo, ya estoy eligiendo uno: la indecisión, a partir de lo cual mi vida tomará la forma de la incoherencia. Y, finalmente, si me decido por Dios como Bien Supremo, mi vida tomará la forma del Reino de Dios.

Si tenemos esto presente, entonces las parábolas del tesoro y de la perla nos dicen que Dios nos ha salido al encuentro y se ha puesto a nuestro alcance: Él es el tesoro y la perla, la oportunidad única; y nosotros somos esos protagonistas afortunados, los más afortunados del mundo (aunque más bien deberíamos decir: agradecidos): los que han encontrado el tesoro y la perla. Pero haber encontrado a Dios como la riqueza de nuestra vida no basta: tenemos que tomar decisión de ordenar toda nuestra vida a Dios. Esa decisión necesariamente comporta actos particulares de renuncia y sacrificio, pero ante todo demanda un esfuerzo cotidiano de ser coherentes y consistentes con nuestra fe en todo. Sólo así Dios podrá ser efectivamente nuestro Bien Supremo y no un simple ingrediente de nuestro menú de bienes preferidos. ¿Tendremos el coraje de Salomón para elegirlo a Él por encima de todo? ¿Tendremos la determinación de los protagonistas de estas parábolas para “vender todo” y no dejar pasar nuestra Gran Oportunidad?

P. Gustavo Irrazábal

26-07-2026